

CARA

Por IGNACIO AGUSTI

Y CRUZ

cosas de Inglaterra

El viaje de Wilson a Rodesia coincidió aproximadamente en Inglaterra con una serie de sucesos distendidos y conciliadores. El primero de ellos fue la abolición por los Comunes de la pena de muerte. El asunto de si algunos criminales habían de ser ajusticiados o no, llevó debatiéndose en la Cámara durante mucho tiempo, con alternativas. Tal vez la deliberación durara algo así como cuatro lustros mal contados. Al fin, el Gobierno laborista ha conseguido eliminar jurídicamente en Inglaterra la llamada máxima pena.

Otro de los sucesos cronológicamente emparentados con el viaje de buena voluntad del primer ministro, fue la condecoración que Su Majestad la Reina impuso a los "Beatles", concedida unos meses atrás. Los jóvenes y melencólicos cantantes se vieron colgar en el pecho una condecoración real, para la cual los principales méritos contrarios contaban en las arcas del tesoro. Los "Beatles" son una de las mejores fuentes de ingresos en la economía de la Gran Bretaña o, por lo menos, la más saneada de todas. Su función, que comenzó como en broma y pasatiempo, se ha convertido en uno de los auténticos y excepcionales residuos del antiguo Imperio. Millones de "fans", en todas las partes del globo, modulan al ritmo de John o de George y se encabritan a su paso, con lo que el poder de la "pérfida Albión" parece mantenerse vigente y vivo en el mundo.

Finalmente, se produjo también en aquellos días en Inglaterra un acontecimiento aparentemente trivial, pero de curiosas resonancias. Cristina Keeler, la detonante y sospechosa Cristina Keeler, escandalosa criatura de veinte y pico de años y nariz respingona que había hecho zozobrar al Gobierno conservador y con cuyo nombre anduvo tristemente mezclado el ministro Profumo, acababa de contraer matrimonio con un joven de su edad y aseguraba públicamente que en adelante iba a llevar una vida dedicada a las labores del hogar y a procurar la felicidad de su marido. Se diluía en rosa una figura que había sido esbozada en verde y concluía así un período turbio de la vida social y pública británica.

Todos estos acontecimientos servidos en un solo plato, en el término temporal de una semana, parecían querer acompañar al primer ministro en su gestión conciliadora y es posible que hayan contribuido por unos instantes a amortiguar la tensión que se producía entre la metrópoli y una de sus antiguas colonias en vías de independencia. Entre tanto, el verdugo de Londres pasaba unas vacaciones, que ahora si quisiera ya podría prolongar indefinidamente, en un determinado lugar de la Costa del Sol. El verdugo de Londres se manifestó ante los periodistas como un ser amable y sociable, en contraste con nuestro concepto de verdugo y con los espécimenos que aquí acostumbramos a tener de ellos, cetrinos y con malas pulgas. Este otro, era un auténtico personaje de Dickens: sonrosado, gordozuelo, de finas manos y mirada irónica, con rasgos de humor, era amante de la horticultura, la botánica y la ornitología y delicado con las personas del sexo contrario. En suma, una persona atenta y respetable.

Este caballero se mostraba complacido por el hecho de que se le acabara la función y de tener que renunciar a su oficio por disposición de las Leyes. No parecía estar muy pagado de su papel histórico de último verdugo de Su Majestad y procuraba pasar desapercibido. Llevaba ya más de un año sin ajus-

tiar a nadie y recordaba aún con dolor a los dos últimos clientes que tuvo, unos muchachos de poco más de veinte años de naturaleza galesa, que tuvo que ahorcar sin remisión, tras haber fracasado la petición de clemencia de determinadas entidades benéficas del país.

En este clima espiritualmente distensivo y laborista de la beneficencia colectiva, alguien recordaba que uno de los que se ha escapado por los pelos de la aplicación de la máxima pena en Inglaterra es el famoso vampiro de los parques públicos, que cada trimestre se lleva a pasear a una muchacha de algún bar, en el Soho, y la deja tendida y en cueros a la madrugada, sin que hasta ahora nadie haya conseguido establecer tras él la menor pista válida. La astucia y sagacidad de ese elemento le ha permitido burlar hasta ahora a sus seguidores de Scotland Yard y escapar a aquella ceremonia que nosotros, con rudeza, llamamos "garrote vil", sin duda para acentuar lo que ella tiene de siniestra y horripilante. ¿En qué "baño de María" justiciero se sumergirá a este elemento si es algún día apretado? ¿O deberá desenfundar de nuevo sus instrumentos el pacífico verdugo de Londres, para saldar esa cuenta sobre la que pasó sin mención el decreto de la Cámara de los Comunes?

Ello nos hace pensar en que todavía andan sueltos los intrépidos asaltantes del tren Correo, que arramblaron con una porción importante de la tesorería de Su Majestad, en un asalto digno de las antologías de esta clase de sucesos. Tibia nos parece la represión británica en todos esos aspectos. Quizá los servicios policíacos de Su Majestad se han dejado contagiar de la distensión del ambiente, y al tiempo en que se condecora a los "Beatles" se hace la vista gorda sobre sucesos de mayor alcance.

En suma, parece que de pronto se haya corrido sobre determinados aspectos de la sociología británica aquello que aquí llamamos un tupido velo. Ese borrón y cuenta nueva afecta a criminales y a "starlettes", a ministros del Gobierno y a funcionarios del patíbulo. Se disgregan quizá las rígidas y férreas normas de la vida pública inglesa, que habían sido espejo rutilante del mundo entero. Cuando Cristina Keeler luce sobre la ropa de desposada el botón de la flor de azahar, los tios oráculos del puritanismo británico no se han echado a temblar ni se ha oído la voz amenazante de ningún santón tremante.

Si ello es así, nos preguntamos por qué quiere y de qué le va a servir su independencia a Rodesia, esa independencia que reclama con tanto ahinco. ¿Saldría gamando con ella? En una sociedad sin verdugo, donde se condecora a los vates y cantores de coplas sentimentales, en que se devuelve la virtud a quien la ha ultrajado y —sin ánimo de generalizar— andan sueltos los asaltantes del tren y el vampiro de Kensington, en esa Arcadia feliz en que la Ley se flexibiliza, ¿quién no podría convivir? Cuando Rodesia sea libre deberá aplicar seguramente unas rígidas reglas, hacer cumplir la Ley, tal vez montar un patíbulo y contratar un verdugo. De todo ello hubiera podido pasarse sin romper con la gran familia. Pero, ¿quién es capaz de hacer entrar en razón a los pueblos llamados jóvenes?

Mientras el verdugo de Londres arrumba su peluca y adquiere la faz de un jovial jardinero, observemos la sutil transformación de un país cuyas leyes ciclópeas se van convirtiendo en naturaleza y en botánica, y donde la jurisprudencia ya tiene una consistencia vegetal de yedra. Es la facha de un antiguo palacio sumido en la legalidad.